

# Otra historia de Bembibre

Mi propósito es contarles una historia: la historia con minúsculas de un lugar y de unas gentes. Pero no se trata de esa historia de Bembibre que más o menos conocemos. Quiero dejar a un lado a los romanos, a Intermium, al «Señor de Bembibre» y a los soldados de Napoleón para ofrecerles una historia aún más olvidada: la de las hoy lejanas costumbres de un pueblo berciano que, como todos los pueblos, al mismo tiempo que vive, escribe historia con su trabajo monótono, su alegría y sus lágrimas.

Nunca se había dado tanta importancia a la tradición como ahora. Quizá se deba a que sentimos la necesidad de buscar nuestras raíces en un intento inconsciente de que nos den lo que el presente no nos ofrece: seguridad.

Pero, ¿dónde están nuestras raíces? Nuestras raíces como hombres, como bercianos, como bembibreños, tal vez estén en saber que nacimos y tenemos las raíces hundidas en la tierra del Bierzo, y que antes de nosotros, aunque nunca los hayamos visto, pisaron nuestras calles gentes lejanas, y, sin embargo; tan próximas... Están en el recuerdo de sus vetadas amables en cualquier bodega donde, después de meses de trabajo duro, de pisar la uva, de la fermentación y la trasiega, llegaba la satisfacción del vino rojo, del dulce mosto o el orujo. Están también en los viejos molinos de dos piedras, en las pñelras y cerandas de piel de oveja para zarandear el trigo... Y hundidas en los ojos de cada bembibreño, donde anida la borrosa imagen inconsciente de una mujer enlutada lavando su ropa con carnada en un reguero.

Una ciudad sin pasado puede tener un brillante futuro, pero si le robamos a una persona su pasado, su origen... Bembibre es un pueblo con pasado, lleno de personas que lo han perdido.

A lo largo de los años, el descuido, la ignorancia y la fatalidad han ido acabando con los vestigios más importantes de nuestra historia: nuestro castillo tuvo que ser de los castigados durante el reinado de los Reyes Católicos, los archivos parroquiales se perdieron varias veces, la sinagoga fue destruida... y así tantas veces... Tampoco nos ha ayudado mucho esa falta de conciencia sobre lo que es de todos por parte del pueblo. Las legunas se suceden cuando tratamos de seguir los pasos al tiempo, y la lengua, que es la vida o su reflejo también la hemos perdido. Hoy en Bembibre se habla prácticamente igual —de mal, generalmente— que en cualquier otro punto no marcadamente dialectal de la península, aparte del peculiar acento que hemos llegado a tener. Si encontramos alguna palabra, más bien galizante, en nuestra comarca, hemos de ir a buscarla a los pueblos que nos rodean, donde aún se pueda rescatar algún pequeño resto, muy influenciado por las regiones limítrofes, de aquel dialecto que tuvimos pero que ahora sería inútil intentar reconstruir.

He oído muchas veces que aquellas palabras que, tomadas de un remoto tronco común, son, por la causa que sea, adoptadas y posteriormente deformadas o reformadas por el pueblo, hasta que pierden casi toda conexión con su origen, son aquellas con las que más identificado se siente éste, las que utiliza todos los días para designar las cosas: las labores coti-

dianas del campo, los animales, la mina o simplemente el hogar, las que describen vestidos y fiestas, y que toman una forma, una vida peculiar en cada comarca. No se trata ya de las típicas deformaciones de palabras del castellano mal oídas; han pasado a revestirse de un matiz auténticamente propio y forman una lengua para hablar, para cantar, aunque no se haya manifestado literariamente.

¿Y qué ha sido de esas palabras propias de nuestra comarca, que aún con todas las influencias de otras regiones no por ello dejan de ser bercianas? Siguen desperdigadas por las aldeas, en boca de unos pocos, desapareciendo cada vez con más rapidez. No es de extrañar, cuando los niños que llegan a la escuela, enseñados por maestros de otras regiones, son prácticamente obligados a hablar correctamente el castellano, es decir, a cambiar unas palabras que han oído desde pequeños por otras, que van a constituir su «lengua» a partir de entonces. ¿Cuántos bembibreños saben hoy lo que son las «mañizas», «las grañuelas», el «tarráguero», «las chanas» o la «traviesa», que el antiguo arado de madera recibía el nombre de «tiba» en Noceda (ignoro si se le sigue llamando así), mientras que la «tiba» en Viñales es tan sólo su cabezal? Y, hablando sinceramente, ¿a cuántos importa que se pierda o se haya perdido? Ciertamente no se progresa con los ojos puestos en el ayer que otros hicieron, que otros cantaron y bailaron al son del tamboril y la dulzaina. A veces ni siquiera la música, que podría parecer algo imperecedero, nos queda de un pasado no tan remoto, porque nadie canta ya las viejas canciones salpicadas de picarescas:

*El vino blanco es mi primo  
el vino tinto es pariente  
y no hay bodega en el Bierzo  
donde no encuentre a mi gente...*

Aquellas canciones con olor rancio a bodega y a verbena, o aquellas otras llenas de requiebros amorosos, como «La molinera de Viñales».

*Para que quiere el pelo  
la molinera  
si la boca del horno  
todo lo quema...  
Carrazos partidos  
yo no los quiero  
que cuando doy el mio  
lo doy entero...*

Canciones que, como es lógico, no se cansan de labrar las excelencias de sus pueblos, la belleza de las mozas y el valor y habilidad de los mozos:

*Si quieren saber señores  
dónde está la bazaría  
de Bembibre para abajo  
de Villafraanca parriba  
por el camino de S. Román...  
Dios me libre, Dios me libre  
de los majos de Bembibre  
y de los de San Román  
y allá se van,  
que lo mismo que en Viñales  
son finos como corales...*

Querría decir, sin caer en chauvinismos, que labores que se realizan en toda España, con los mismos motivos y finalidades, adquieren en el Bierzo un sentido peculiar, algo de distinto, de... berciano. Era imposible salir de aquí sin hablar de la comida, y un ejemplo de lo que antes decía está en la matanza: Es un fenómeno común a todos los pueblos de España y, sin embargo, en la comarca de Bembibre, y en el Bierzo en general se obtienen unos productos específicos y bien conocidos de todos. ¿Por qué aquí se hacen boillios, morcillas de sangre, arroz y cebolla o peras, androllas curadas al humo y lacones...? Pues no lo sé, pero a decir verdad, no me importa demasiado, ni creo que deba importar a nadie mientras, afortunadamente, se sigan haciendo.

P. B.